

TERCER PUESTO

¡Salvo Patria!

---

Judy Vanessa Agredo Sierra  
Negocios Internacionales  
Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas  
[vanessaagredo@outlook.com](mailto:vanessaagredo@outlook.com)



1,2,3 por mí. ¡Salvo patria! Gritó Ivana con la emoción que solo un eco fue capaz de atrapar y darle vida, porque era la primera vez que alcanzaba a chocar su mano con un gran muro que separaba su casa del lugar que más amaba, el patio con la llanura más hermosa y profunda que guarda su tierra natal.

Tocó el muro donde se hacían los conteos eternos para que otros pudiesen buscar el lugar más oscuro, estratégico y pequeño posible para no ser encontrados; porque, quien lo fuera, sería puesto en ridículo por aquel que tenía la responsabilidad de llevar el conteo y, adicional, una vez todos fueran encontrados o corrieran con más agilidad que el contador y alcanzara a gritar, estaría a salvo de contar números que quizás ni se sabían porque en la escuela de la vereda aún no tenían el privilegio de aprenderlos, y como si fuera poco, en los pueblos colombianos en un intento casi nulo de equidad, se decide bajo la regla que de acuerdo a la edad o la estatura se pone un rango de números, así que para cada uno es algo sorpresivo y depende la suerte que lo acompañe en el juego.

Ivana gritó unas tres veces más, saltando duro de la emoción, con la certeza de que los demás la escucharían y le agradecerían por convertirse en la heroína del juego al salvarlos de tener que contar, pero también del estrés terrible que producía salir en búsqueda de los demás, dejar el muro sin defensa, dispuesto para los ágiles e intentar ir a esas trincheras, lugares extraños y muy creativos que surgían en la premura de no ser encontrados.

Gritó por última vez, pero en ese momento escuchó algo que le dio inicio a la transformación de su historia de vida: un silencio absoluto. No escuchó siquiera guarrear a su marrana Petunia, que lo hacía todos los días alrededor de unas diez horas. Un silencio que le produjo un sentimiento que hoy aún no puede describir pero que la llevó a tomar la decisión de salir en búsqueda del contador con un poco de miedo, pero con la confianza plena de que su grito heroico los había salvado.

Pero, antes de entrar a la casa, decidió dar media vuelta y contemplar el paraíso en el que vivía; se dio la oportunidad de agradecer en ese silencio confuso e incómodo. Se encontró con la sorpresa de visualizar su puesta del sol favorita en donde se mezclan los colores de la tierra oscura, el verde del pasto, el cielo, en una mezcla de naranja, rosado, rojo y algo de blanco. Se quedó de pie por alrededor de una hora mientras anochecía; solo contemplando, no pasaba nada por su cabeza que no fuera sentirse amada con tanta grandeza de la creación.

Cuando empezó a oscurecer, cayó en la cuenta de lo que estaba haciendo antes de dejarse seducir por estos colores y recordó que debía entrar en búsqueda del contador que en este turno era su padre, pues él era quien dedicaba sus tardes de domingo a inventarse juegos, trepar árboles, recolectar frutos con el propósito de compartir y ser una figura importante para sus hijos y sobrinos que, si bien lo recuerda Ivana, eran doce niños de todas las edades y con las singularidades más divertidas.

En el lugar donde vivía, la luz estaba disponible hasta las 7:00 p.m., así que se quedó a oscuras totalmente. No recordaba dónde guardaban las linternas pues a esa hora ya todos en su vereda estaban dormidos o por los menos rezando el rosario para el descanso, así que lo único que se le ocurrió fue volver a un pequeño depósito que había al lado del muro de los conteos, pues este era uno de los lugares que muchos ya habían convertido en una guarida; pero, además, era el lugar donde su madre muy organizadamente tenía todos los elementos necesarios para labrar la tierra y otras cosas que, como bien ella decía, no eran basura, eran un “por si acaso”. Así que del depósito tomó unas velas blancas y unos fósforos porque fue lo único que encontró para tener algo de luz y buscar al contador y a sus compañeros de juego salvados.

Prendió las velas, empezó a dar pasos por un pasillo que conectaba toda su casa; descubrió que había algo nuevo que tenían sus paredes: unos agujeros negros que las atravesaron. Su curiosidad la llevó a intentar introducir sus dedos para entender la composición o incluso conocer su origen, pero no encontró nada. Así que acercó su ojo derecho para mirar a través del agujero y no halló más que oscuridad y silencio. Continuó haciendo la ruta de los agujeros con sus manos, contando uno a uno mientras pensaba en qué máquina o herramienta había usado alguien para hacerlos. Se detuvo en el agujero número quince porque en sus pies sintió arena por montones y se agachó para comprobar qué podía ser.

Continuó contando los agujeros y percibió que cada vez estaban más cerca el uno del otro como si hubiesen logrado hacerlo con más frecuencia o si pretendieran hacer una figura. Llegó al agujero 300, que estaba en la puerta de salida, y miró a través de él. Dejó de gritar porque se dio cuenta de que todos seguían escondidos, que nadie quería ponerse en evidencia, hasta que al abrir la puerta sintió con sus pies un gran charco de agua, como pasaba cada vez que se inundaban las casas; así que acercó la vela a sus pies, pero observó que el color era muy distinto al del agua, de manera que decidió poner en su mano una gota para ver su textura, olerla y entender qué podría ser.

Todas las dudas inundaron su cabeza, nada tenía sentido. La estaban desesperando, no encontraba respuestas. Así que iluminó el camino del charco, decidió ir gateando por la escasez de luz hasta que se topó con el escondite favorito de su hermano, sintió su cuerpo, iluminó su rostro para que se despertara, pero no tuvo respuesta, así que iluminó su cuerpo y vio dos agujeros como los de las paredes. Se quedó dormida en su regazo.

Entonces, solo entonces, entendió que alguien antes había gritado “salvo patria” y todos habían perdido.